



Un encuentro misterioso

La reunión entre Francisco I. Madero y Porfirio Díaz marcó el inicio de la Revolución

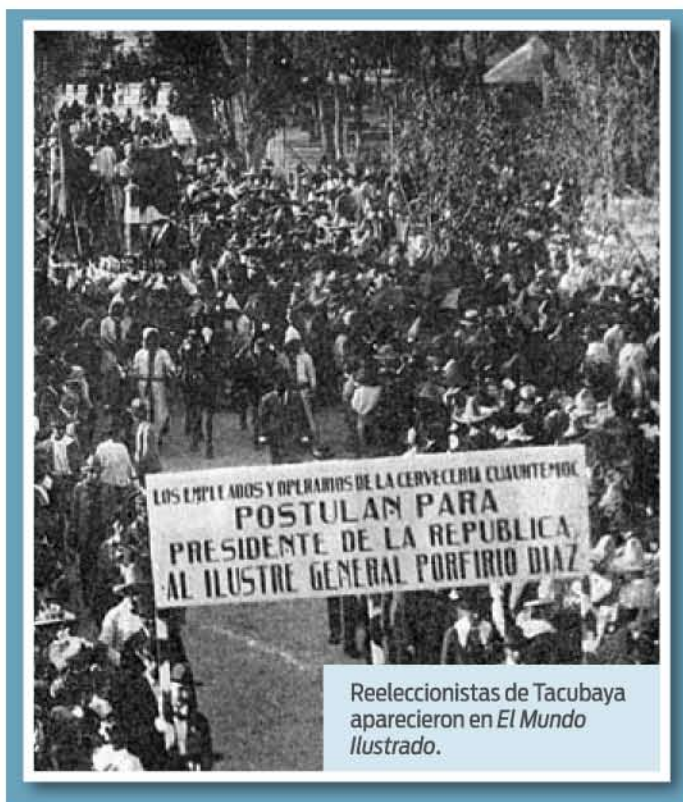
POR ANGÉLICA VÁZQUEZ DEL MERCADO*

expresiones@nuevoexcelsior.com.mx

En abril de 1910 la Ciudad de México recibió a los delegados del antirreeleccionismo para llevar a cabo la Convención Nacional para reunirlos a sus candidatos a la presidencia –Francisco I. Madero era el favorito– y la vicepresidencia, que habrían de disputar los cargos con los candidatos del Partido Reeleccionista: Porfirio Díaz y Ramón Corral.

El 14 de abril Madero le contó a su padre que Teodoro Dehesa lo buscó con el objeto de servir de *trait d'union* o intermediario para reunirlos con el presidente y candidato por el reeleccionismo. El interés de Dehesa no era gratuito: gobernador de Veracruz y fiel aliado de Díaz, era también opositor del grupo de los “científicos” y de Corral. Para Madero la reelección de Díaz era tolerable, no así la de Corral con la que se perpetuaría la dictadura.

El 15 abril, se eligió a Madero como el candidato presidencial y a Emilio Vázquez Gómez para la vicepresidencia. Madero no pudo asistir a su protesta como candidato, debido a que le habían dado el “pitazo” de una orden de aprehensión en su contra, con el pretexto de una antigua disputa por los límites territoriales de su hacienda guayulera en Coahuila. La orden era improcedente, dado que se trataba una acción civil; sin embargo, Madero prefirió esconderse mientras se resolvía el entuerto que casualmente en esos momentos se fallaba a su favor.



Reeleccionistas de Tacubaya aparecieron en *El Mundo Ilustrado*.

Fotos: Cortesía INEHRM

La conjura para apresar a Madero se malogró, con lo que pudo salir de su escondite y asistir muy puntual a la cita en la casa del presidente en la calle de Cadena núm. 8. Pero Díaz lo plantó. “Probablemente –le escribió el desairado– ocupaciones urgentes le impidieron recibirme ayer mismo y se sirvió citarme para hoy [...] Desgraciadamente, a mi vez, me es ahora imposible concurrir a la cita, y, si no tiene Ud. inconveniente, le agradeceré posponerla para el lunes [...]”

Algo ocurrió, sin embargo, que a pesar de su berrinche, Madero asistió a la nueva cita. Según Madero, en carta a su madre, el dictador estaba ya muy lejos de aquella figura imponente de antes: “La impresión que me causó [...] es que está verdaderamente decrepito, que tiene muy poca vitalidad”. La descripción que hace Madero de Díaz es sorprendente y da la impresión de que el viejo lobo de mar estaba jugando con su presa: “[...] acostumbrado a que todo lo que él dice

sea aprobado servilmente por los que lo rodean, no vacila en contradecirse de un momento a otro, y, sobre todo, parece que tiene la monomanía de hablar de sus guerras. A mí me causó la impresión de estar tratando con un niño o con un ranchero ignorante y desconfiado”.

Lo que haya sucedido en ese encuentro bastó para que Madero le perdiera por completo el respeto: “Estoy seguro que en su juventud tuvo inteligencia mucho mayor que la que representa en estos actuales momentos; pues si no fuese así, sería imposible que hubiese efectuado la obra que le conocemos”.

Esta impresión se la contó a sus compañeros al tiempo que crecía su confianza en sí mismo y en que el antirreeleccionismo triunfaría. Además, había logrado del dictador la promesa de permitir que los comicios se celebraran en libertad. Para Madero, aquella reunión había sido el principio del triunfo; su fortaleza se sostenía ya no sólo en la legitimidad de sus objetivos sino también en la debilidad del régimen, que se desmoronaba como el propio Díaz.

Al final, ambos tuvieron razón: Madero había soltado al tigre y a la Revolución ya no había quien la detuviera.

*INVESTIGADORA DEL INEHRM

28%
DE LA POBLACIÓN
era urbana cuando
estalló la Revolución

9,000
ESCUELAS
había en el país a
inicios del siglo XX